

presentación



# PRESENTACION

Los profetas, ya se sabe: los que viven recordando a los demás que todo es más grande.

¿Por qué pensamos en ellos cuando lo nuestro es la educación, la educación y lo cristiano?

Los profetas son como la avanzadilla en el río de la historia.

Los cortos de vista, que en los gestos encuentran sólo gestos, toman a los profetas como atrevidos anticipadores del porvenir. Así, para ellos los profetas son gente incómoda, bienintencionada pero molesta, que nunca está satisfecha. Les miran con atención y recelo: reconocen, a la vez, su genialidad y su incompetencia para las cosas diarias. Sencillamente, perciben en ellos sólo gestos: su significado les queda lejos.

Lo curioso de los profetas es que no viven anticipando el porvenir. Pero esto ya cae fuera del alcance de las gentes de mirada breve. Si los profetas pronuncian palabras y dictámenes, es sobre todo porque

miran atrás. Recuerdan la montaña, no el mar. Humanos, bien humanos, no pueden ir más allá de lo que han conocido y van conociendo. Por eso sus tanteos no son adivinanzas sino ejercicio de memoria. Buscan lo que fue y desentrañan lo que va siendo. Su existencia recuerda a todos que cada día no ha amanecido esta mañana.

Son violentos los profetas; pero no por boicotear nuestros gestos diarios, convencionales. Su violencia está en sus motivos: por eso inquietan más cuando están en silencio, considerándonos desde sus ojos abiertos, que cuando proponen iniciativas puntuales. Los demás, los que vivimos cada día, sabemos de cosas concretas y de provisionalidades. Por eso somos capaces de recibir sus propuestas junto a las nuestras y lo combinamos todo con criterio «realista». Pero con sus motivos no podemos.

Los motivos del profeta son incluso más largos que su propia conciencia. Porque no son suyos. Los motivos del profeta son el repetido grito del tiempo o de la historia, resistiéndose a todas las trivializaciones. Uno puede entregarse con toda seriedad a su trabajo, a su pensamiento, a sus relaciones..., y creer que con ello ya está respondiendo a cuanto la vida le propone. Llegaba entonces el profeta y de pronto todo cobra otro aspecto. Ante él nos parece que nada tiene importancia, que todos los gestos flaquean, que la posesión es imposible. Por eso ante él nuestra seriedad se hace banal.

No son los profetas quienes dirigen la historia. No. Ellos presentan sus signos. Nos hacen percibir lo que ya estaba ocurriendo entre nosotros. En realidad, ni siquiera ellos conocen del todo el sentido de sus palabras. Son, de todos los humanos, los menos dueños de sí mismos. Tampoco los demás lo somos, desde luego; pero, al limitar nosotros el horizonte de nuestra vida, pretendemos ceñirnos a aquello que dominamos. Ellos no lo hacen y por eso en sus vidas predomina con mucho el dejarse llevar, voceros involuntarios de lo que brota en sus ojos y en su corazón. Son genios o santos, mucho más allá de sus propios méritos.

Así, cuando miramos la historia, nuestra historia inmediata de Occidente, al encontrarnos con aquellas gentes que van desde Erasmo hasta Newton, desde Lutero y San Ignacio hasta Comenio y S. Juan B. de

La Salle, descubrimos que todos juntos son mucho más que la suma de sus personas. Su significado les trasciende y nos muestra el giro gigantesco que la historia dio a través de sus circunstancias personales.

Entre el XVI y el XVII, Occidente descubrió la voluntad, la organización, el conocimiento, la mecánica y la razón. El mundo se le mostró como algo comprensible, solucionable, mejorable. Encontró la profunda relación entre vivir y comprender, entre la ciencia y la sociedad, entre el trabajo y la técnica, entre la profesión y la profesionalidad, entre los pueblos y el Estado, entre Dios y el esfuerzo.

La obra de aquellos profetas consistió en revelarlo. Ellos, al proponer su modo de mirar la vida, estaban basándose en algo que ningún maestro les había enseñado. Ningún maestro había podido entender hasta entonces la importancia y la posibilidad de mirar la vida con ojos de número, de programación. Ellos, en cambio, desde la hondura de su silencio, fueron encontrándose invadidos por una realidad nueva. Lo dijeron, en medio del desconcierto. Y poco a poco la marcha se hizo imparable.

Los profetas habían mostrado el caudal y las compuertas. Los técnicos, los sabios, los políticos, los maestros, los santos, los artistas..., hicieron el resto. Inundaron Occidente con el agua nueva de la razón hecha criterio social y todo se convirtió en un campo de fecundidad insospechada.

Nacieron la ciencia y el pensamiento modernos, la escuela, la política, la industria, los medios de información, la teología, los sistemas, el transporte. Sencillamente: ya éramos modernos.

Como la modernidad nació al conjuro de los profetas de la razón social, su devenir ha ido marcado por el signo de la organización.

Ha sido un tiempo cadenciado por las criaturas de la razón organizadora. En ellos la vida se ha considerado desde el punto de vista analítico y resoledor de necesidades. Todo en Occidente quedó poco a poco fragmentado, descompuesto, revisado... y vuelto a componer, reordenado, ahora provisto de un objetivo evaluable.

Así, en estos tres siglos, la vida de las sociedades occidentales fue pasando por un finísimo proceso de sectorización: cada uno de sus aspectos era objeto de estudio especializado y reprogramación, cada vez más autónomos por ser cada vez más vastos en sus raíces y resultados.

Han crecido, así, las ciencias sociales, políticas, físicas, teológicas, mecánicas, gramaticales, biológicas, industriales, psicológicas, estéticas, educativas, económicas, filosóficas, naturales... Han ido apareciendo entre nosotros criaturas insospechadas: planes de reforma agraria, partidos políticos, escuelas profesionales, teléfonos, combustibles, ramos X, cibernéticas, relatividad, dodecafonía, biogeografía, estructuralismo, fascismo, crisis monetarias, armas atómicas, cirugía estética, servicio militar obligatorio, seminarios, escalafones, burocracias, vacaciones anuales, tornos numéricos...

Vivimos en el éxtasis —o vértigo, según— de la razón.

El hecho es que los genios de la vida, llegados a nosotros a través de aquellos profetas, han ido cubriendo nuestra piel y nuestras necesidades con el hermoso tejido de lo posible, lo voluntario, lo programable, la libertad. Hemos llegado a niveles potenciales de bienestar que han superado las construcciones de todos los soñadores.

Con un resultado: a medida que cada sector de la vida nos entregaba sus secretos, iba llevándonos tan adentro de sí mismo que acababa aliéndose por la otra dimensión, abocando a la unidad de todos ellos.

La contemporaneidad de ambas dimensiones —sectorial y conjunta— lleva a no pocos de nuestros contemporáneos a considerar que vivimos en el caos, que hay que restablecer el orden y la claridad unidimensionales, que todo ha sido un sueño de adolescentes. Y no. Es un orden nuevo. Necesitado de interpretación.

Resulta pasmoso. Ha habido entre nosotros un proceso que diríamos dialéctico: la lógica racional nos ha mostrado, a la vez, la unidad y la especificidad de todo.

Poco a poco la exacerbación voluntarista —ser dueños del destino— nos ha llevado a ir reconociendo que sólo la entrega o el abandono

contienen la medida de la actividad y del compromiso. Nos ha ido haciendo ver que somos parte de un camino o de una estructura universales ante los cuales somos, a la vez, sujeto paciente y agente.

El caminar de la razón analítica ha llegado a mostrar en su último salto mortal... la razón sintética, es decir, la vida del conjunto más allá de sus reducciones o manipulaciones o cálculos lógicos. No ha muerto el análisis, no. Es más vivo y más fecundo que nunca. Porque ahora nos muestra cómo bebe y acrecienta a la vez una fuente que ya no tiene alma de lógica sino de tiempo.

No. No ha muerto la razón. Ha resucitado dando a luz a la historia.

Así, la especialización de la física —abstracción geométrica intemporal— ha dado lugar a un concepto temporal del espacio y las causas. El análisis cronológico de la naturaleza —estructura inerte y progresiva— ha dado lugar a una cosmología antropológica o a la consideración de la unidad entre la imprevisible temporalidad humana y la estructura inexorable del cosmos. La programación especializada de la rentabilidad del trabajo ha dado lugar a la interacción productividad-comunicación. La sociedad industrial ha llevado a la de los servicios, y no por la necesidad de ocupar el tiempo liberado sino por el hallazgo de un nuevo tipo de necesidad.

Hemos saltado de la razón a la relación. O, mejor: hemos encontrado que la segunda es el corazón de la primera.

En el mundo de la educación ha ocurrido lo mismo.

Tenemos hoy instituciones educativas cada vez más eficaces, más científicas, más especializadas, más largas... que nunca. Y, sin embargo, a la vez, nunca nuestras instituciones educativas habían sido tan poco relevantes humanamente como hoy. Nunca como hoy nuestras escuelas habían acogido, alimentado, garantizado... tanta decepción.

Sin nosotros percibirlo, hemos ido construyendo la escuela sobre la especialización en el análisis. Lo que en el XVII había nacido como un servicio social, fue poco a poco convirtiéndose en servicio a la organización social. Lo produjeron la necesidad de los Estados de pro-

curarse cuadros especializados y eficaces en cada sector de la vida; y la propia especialización de los maestros, estimulada por la eficacia de los resultados de su ciencia disciplinar.

El hecho es que, como venimos viendo en los últimos veinte años entre nosotros, el incremento de cientificidad no supone incremento de sentido. Supone garantía de un primer trabajo y nada más. Por eso, poco a poco, Dios ha ido huyendo de la escuela. (En su lugar, hay quienes se esfuerzan por instalar hoy el ídolo de la austeridad, la felicidad narcisista, el mesianismo).

Ha ocurrido que, mientras la vida toda de los pueblos caminaba hacia lo total y lo mudable, la de la escuela se quedaba en lo sectorial y en lo presuntamente válido para siempre.

Así, nuestros alumnos acuden a nosotros porque necesitan un oficio. Pero buscan sus motivos fuera de nuestras aulas.

El camino de la historia de la educación nos señala, por lo menos, tres factores tan reales como difíciles de compaginar en una síntesis con futuro. Su yuxtaposición expresa el signo de nuestra época, cuando llegados por fin a la cumbre descubrimos un panorama sobrecogedor y nuevo.

Ante todo, la cuestión de cómo simultanear el imprescindible —y creciente— espacio dedicado a la capacitación científica inicial y el de la educación inicial en el sentido de la propia vida. Porque, evidentemente, no podemos renunciar a los logros de la razón, confundiendo la escuela con una gigantesca clínica para la dirección espiritual... en el vacío.

¿Significa esto que el espacio dedicado a los contenidos ha de reducirse para ampliar, en cambio, el dedicado al método?; ¿que los saberes han de confiarse a los nuevos archivadores mientras que el cometido de la escuela sea la enseñanza de la lógica?

Después, el Estado. Al irse apoderando de casi absolutamente todos los recursos educativos de la sociedad, se ha garantizado su posesión con la doble cadena del título y de la financiación. Resulta así que

la institución educativa sirve tanto a la ciencia como a la programación social de la ciencia; y los maestros, tanto a la estructura que les asegura su sostenimiento económico como a su vocación de educadores.

¿Significa esto que hemos de buscar un concepto nuevo para definir al Ministerio de Educación, que hemos de construir alternativas salvajes o no regladas más que por las necesidades inmediatas, que hemos de descubrir fuentes alternativas de financiación?

Finalmente, la estructura cambiante o móvil de las posibilidades de la ciencia y la industria. Cuando más, todo el esfuerzo de nuestras escuelas y de nuestros Estados sirve para garantizar diez años de vida laboral. A partir de ahí, han de ser la empresa o la iniciativa personal quienes se ocupen del reciclaje de conocimientos o habilidades.

¿Significa esto que la escuela ha de constituirse en situación de formación permanente tanto como inicial?; ¿quién será su maestro, quién el definidor de los ciclos; cuáles sus espacios físicos?

El hecho es que, si estos tres factores no se conjugan hoy en una síntesis desconocida, la escuela y la educación están llamadas a desaparecer a corto plazo.

En buena parte ya han desaparecido, desde luego. Porque —muchas veces— si en nuestras escuelas sigue pareciendo que hay maestros, lo que en realidad ocupa su lugar es una multiforme máquina de trasvasar saberes. Y si —muchas veces— nuestros alumnos parecen haber llegado a síntesis científicas, lo que en realidad han conseguido es memorizar y reproducir esquemas lógicos sin sentido.

Es tan solo problema de tiempo. A medida que las otras máquinas lleguen a perfeccionarse, la educación podrá aparecer como un gasto inútil. En su lugar habrá talleres de memorización dirigidos no por un ser humano sino por un decreto laboral.

Todo depende de que llegemos o no a la nueva síntesis.

Por eso llamamos a los Profetas.

Porque, como nos lo están diciendo a gritos todos los indicadores sociales, estamos pasando de un tiempo a otro.

Por ejemplo: doctrinas o interpretaciones sociales de hace sólo un siglo están hoy invirtiendo sus premisas llevándonos a leer lo colectivo no ya como algo organizado sino compartido. Por ejemplo: cada vez el desarrollo de las ciencias requiere más dominio de los mecanismos de la lógica que de los datos científicos mismos. Por ejemplo: el sueño de la razón como liberadora universal y agente del progreso ha caído estrepitosamente dejando tras de sí un mundo más injusto y primitivo que el de hace tres siglos. Por ejemplo: la edad media de los miembros de las congregaciones religiosas de enseñanza hace su futuro difícilmente sostenible. Por ejemplo: los Estados han desaparecido ante las estructuras universales de poder. Por ejemplo: las creaciones estéticas y religiosas heredadas subsisten casi exclusivamente como soporte de rentabilidades económicas y sociales. Por ejemplo: los grandes hallazgos científicos de nuestros días no son ya fruto de la especialización individual sino de equipos interdisciplinarios (astrónomos, más biólogos, más matemáticos, más físicos, más...). Por ejemplo: las distintas confesiones religiosas encuentran cada vez más que el fundamento de sus especificidades está en su raíz común. Por ejemplo: cada día está más presente la realidad del mundo laboral en los procesos educativos.

Por eso llamamos a los profetas: para que nos ayuden a recordar que el principio de todo está presente en este universo nuestro.

Llamamos a los profetas para que nos ayuden a descubrir otra vez a contemplación del Misterio de Dios y la presencia entre nosotros de Jesús, su Hijo.

No les llamamos para que nos propongan fórmulas. Ni siquiera para que nos ayuden a interpretar los signos de nuestro tiempo.

Nos necesitamos para vivir entregados a la fe de que todo es más grande que nuestras cabezas. De algún modo hemos llegado a saber que sólo en esa entrega consigue la vida abrirse paso gracias a nuestras fórmulas.